



Reseña 1 / 2022

7 Abril 2022

**Abrazar el mundo**  
*Geopolítica: hacia dónde vamos*

Jorge Dezcallar  
Editorial La Esfera de los libros  
361 páginas

“Porque dentro de muy poco tiempo no habrá ningún país europeo entre las diez mayores economías del mundo y si no lo vemos es porque estamos muy ciegos”. Esta es una de las afirmaciones que realiza Jorge Dezcallar en el ensayo dedicado a la comprensión de la geopolítica, en el sentido de tratar de ver cómo se está configurando un nuevo escenario en el ámbito de las relaciones internacionales. Titulado *Abrazar el mundo*, acaba de ser publicado y ha sido un trabajo elaborado en los años 2019-2022 durante la época del confinamiento forzoso, aprovechando las notas y los apuntes que tenía. No en vano, el autor ha dedicado su vida a la diplomacia y la política exterior, lo que hace que este trabajo sea de interés. Una experiencia que, en los últimos y turbulentos años, le ha permitido reflexionar y plasmarlo con una intención amena, en el que comparte inquietudes, sugerencias y algunas ideas sobre cuál puede ser el rumbo de la geopolítica a partir de ahora.

El enfoque es global y se incluyen temas que van desde los cambios provocados por las revoluciones de la tecnología, la información y la genética; a las relaciones internacionales dominadas por Estados Unidos, China y Rusia, y el papel de la Unión Europea; o los conflictos locales en Sudamérica, África, los países islámicos, y las guerras iniciadas o a punto de iniciarse. Si se pudiera señalar un denominador común, éste sería el conjunto de consecuencias que se han acelerado por la pandemia de COVID-19, de la cual, se habla mucho, quizás en exceso.

Dezcallar, que ha sido el máximo responsable del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), no se limita a describir situaciones o abordar los temas desde una perspectiva de tipo

“académica”, sino que aporta posibles soluciones y estimula al lector para que este saque sus propias conclusiones. Una de las ideas que desea transmitir es que desarrollemos el sentido de pertenencia y que, por encima de fronteras y visiones del mundo, compartimos como humanos una misma comunidad. De ahí el título del ensayo, al señalar que “solo abrazando el mundo que nos sustenta podremos volver a abrazarnos nosotros sin miedo al futuro. Es decir, saquemos lecciones de la pandemia para crear un mundo más solidario, con reglas claras e instituciones internacionales fuertes donde resolver nuestras diferencias por la vía del diálogo y de la negociación”.

El libro trata de analizar los vectores que influyen sobre la geopolítica en la segunda década del siglo XXI desde quien sabe que en estos temas no se puede adivinar y es complicado predecir a pesar de que se cuentan con numerosos expertos. En esta etapa de la historia confluyen en nuestras vidas numerosas revoluciones: la tecnológica, la de la información y la de la genética, o sea, las del átomo, del bit y del gen, además de la revolución demográfica, en un contexto de globalización y de todo tipo de conflictos, tanto globales como locales. Es un mundo cuyo centro de gravedad se desplaza hacia el Indo-Pacífico, donde China emerge como potencia global, mientras Estados Unidos se busca a sí mismo - ya desde tiempos de Obama y ahora con Biden-, Europa resiste las crisis pero no acaba de despegar aunque trata de reinventarse, y surgen otros países con ambiciones protagonistas que buscan un reparto diferente de la tarta del poder. No es casualidad que la imagen de portada sea el Pacífico, un océano que une a las principales potencias.

La tesis del autor es que hoy estamos en el umbral de una nueva era geopolítica, casi coincidiendo con el cambio de siglo. Ahora parece derrumbarse delante de nuestros ojos el orden levantado en 1945 como si fuera una torre hecha con cartas de una baraja: “Es el fin de una época y los primeros pasos de la que sucederá”. En estricta geopolítica, ara el diplomático son tres los vectores principales que explican este cambio de ciclo: los titubeos de Estados Unidos y las oscilaciones de su política; la dificultad que experimenta Europa para reinventarse y la aparición en el escenario mundial de nuevos actores con vocación protagonista, como es el caso de China. Ya en las primeras páginas deja clara su intención: “Son muchos los que piensan que sobre todo asunto hay al menos dos posiciones, la suya y la equivocada. Yo no soy de esos, nunca lo he sido porque tengo la suerte de dudar, y eso implica dar a la otra parte la posibilidad de que esté en lo cierto o de que al menos tenga una parte de razón... aunque no sea mucha, que tampoco hay que exagerar. Y en estas páginas he procurado ser consecuente con esta forma de pensar”.

La obra está dividida en catorce capítulos, y por señalar su contenido destacaría tres. En primer lugar, el capítulo 11 porque está dedicado a los problemas globales, que para el

autor son el cambio climático, la pobreza, desigualdades y hambre, la proliferación nuclear, el terrorismo internacional y las grandes migraciones. El contenido no aporta nada nuevo y se limita a exponer cuestiones que considera relevantes. Afirmar que “el cambio climático es el problema más importante que hoy enfrenta la humanidad” me parece, cuanto menos, discutible, teniendo en cuenta que para la región más poblada del planeta (China, India, Paquistán) no lo es, y tomando como dato el registro de temperatura de unas décadas, aspecto que con la perspectiva geológica del tiempo es irrisorio. Si el mes de enero de 2020 fue el más cálido del planeta, al año siguiente la tormenta *Filomena* se encargó de demostrar lo contrario. El tema dedicado a la proliferación nuclear, por su actualidad, es el que creo que puede aportar más, así como el de las grandes migraciones, donde expone lo que está haciendo Marruecos para solventar una crisis política. Lanzar población contra las fronteras, como ha sido el caso de Ceuta y Melilla, es el novedoso recurso para disfrazar problemas políticos con la narrativa de la pobreza y la necesaria migración. Como explica, la intención es exigir un cambio en la postura española sobre el Sahara Occidental, objetivo que, como hemos visto recientemente, Rabat ha logrado.

En segundo lugar, resaltaría la parte dedicada a los conflictos locales (capítulo 12). Los que no se detallan se describen por las áreas geográficas de Asia, África e Iberoamérica, y comenta que es posible que estalle algún conflicto en un lugar que en estos momentos no imaginamos está ahí, y que posiblemente sorprenda tanto por el lugar como por el momento. Es un capítulo interesante porque analiza lo que ocurre en Taiwán, Ucrania, Bielorrusia, Irán, Corea del Norte, Oriente Medio, el problema entre Israel y Palestina, la guerra de Siria, la guerra del Yemen, Afganistán, la guerra de Libia, Argelia y Venezuela. Se refiere a los que le parecen más graves por su eventual impacto internacional o porque nos afectan más directamente a nosotros en estos momentos, sabiendo muy bien que no son los únicos.

El enfoque de todos estos escenarios está bien explicado y trata de hacer un repaso de los aspectos más relevantes, no tanto desde el punto de vista histórico, sino de lo que ocurre en la actualidad y de cómo afectan en sus respectivas regiones. Los argumentos están ordenados y ofrecen razones y enfoques para mostrar lo que ocurre, con una comprensión apta para el gran público. Si hubiera que recomendar una obra para aquellos que desean comenzar sus primeros pasos en geopolítica, esta sería una buena recomendación.

El defecto de la edición es que no incluye mapas, y este tema me parece que nunca puede faltar cuando se hable de política internacional. Aunque insiste demasiado en el impacto de la pandemia como epicentro de lo que será el mundo de mañana -no creo que geopolíticamente sea tan determinante-, el acierto del ensayo es que se lee como una

reflexión; quizás por ello no se haya incluido ni índice de temas ni bibliografía. Asimismo, no está exento de valoraciones y en muchos temas ofrece su propia opinión, lo que implica una sintonía o animadversión ideológica; es decir, no todo es *narrativa diplomática*.

El caso de Oriente Medio es un ejemplo. La parte dedicada a Argelia tiene su interés, no sólo porque el autor fue embajador en Marruecos (1997-2001) y cuenta con un conocimiento privilegiado de la región, sino porque vive una situación de inestabilidad fronteriza con Rabat por la cuestión del Sahara Occidental, cuestiones ambas que son tratadas tanto en su perspectiva de política interna como en su contexto internacional.

En el momento de ser publicado este ensayo no había estallado el conflicto de Ucrania<sup>1</sup> con la invasión de las tropas rusas, por lo que no se menciona, pero sí ofrecen los elementos necesarios para comprender el alcance y el impacto del objetivo político de Moscú en la región, como su zona de influencia. En este sentido, comenta que los disturbios que estallaron en Kazajistán han motivado el envío de soldados rusos y bielorrusos al amparo de lo acordado en el seno de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, y que es la primera vez que se utilizan. “Estas dos crisis acaparan la atención mundial, sin que quepa adivinar cómo ser resolverán y qué efecto pueden tener sobre ellas”. Ucrania y Bielorrusia son señaladas como los focos más calientes de la frontera Este de Europa porque se pueden extender más allá de sus estrictos límites territoriales. Se dan tres argumentos para

---

<sup>1</sup> Aprovechando el lanzamiento del libro, la editorial ha incluido en el material promocional una reflexión de Jorge Dezcallar, apenas una semana después de haberse iniciado la guerra. Dice así: “La invasión rusa de Ucrania pone fin a la arquitectura de seguridad que ha regido en Europa desde la desaparición de la Unión Soviética en 1991. De un plumazo Putin ha revitalizado una Alianza Atlántica que Macron había dado por muerta unos meses antes, nos ha unido a los europeos como nunca lo habíamos estado, y ha curado las heridas que Trump había infringido a la relación trasatlántica. Además, ha acabado con el pacifismo mantenido por Alemania desde 1945, hace dudar a Suecia y Finlandia de su neutralidad, y obliga a Europa a replantearse su dependencia energética de Moscú, mientras el mundo entero se estremece ante la brutalidad de la agresión y deja aislada a Rusia como evidenció la votación en la Asamblea General de las Naciones Unidas. La guinda son los muertos y el millón y medio de refugiados que han escapado de Ucrania en solo diez días. No hay quién dé más. Por eso, aunque Putin pueda vencer militarmente, al final será el gran derrotado de esta invasión de la que, parafraseando a Talleyrand, cabría decir que es peor que un crimen porque es un enorme error. Pero que Putin no tenga razón no quiere decir que no tenga razones que hay que escuchar, porque Rusia es Europa y no nos interesa empujarla en brazos de China, sin que tampoco podamos aceptar su actitud de matón. Lo ideal sería poder discutir sosegadamente estos asuntos en una Conferencia Europea de Seguridad... algo que es imposible mientras los tanques rusos estén en Ucrania, confirmando el deslizamiento del mundo hacia un antipático multipolarismo en una tendencia que se ha acelerado con la pandemia del COVID-19”.

llegar a esa conclusión y se ofrece un marco global que tienen que ver con motivos de geopolítica profunda: “Putin no tiene razón, pero tiene sus razones”.

En mi opinión, faltaría por hacer un ejercicio de comprensión realista a lo que Rusia denomina como “amenaza existencial”, ante el hecho de que la OTAN mire con buenos ojos una ampliación que afecta directamente a una zona de influencia. Se trata de mostrar como válida -o incluso legítima, aunque no compartida- la percepción de seguridad de una potencia regional que ha pedido su imperio mundial (URSS, 1991) y que ha dejado muy claro que nunca lo va a permitir. Lo ocurrido en Georgia y en la península de Crimea es un ejemplo evidente de esta voluntad política.

Otro capítulo que deseo mencionar es “*El mundo que viene*” (cap. 13) porque se centra en las predicciones. Desde su punto de vista hay tres que conviene tener presentes. La primera es que el orden geopolítico surgido de las cenizas de la Segunda Guerra Mundial se derrumba como un castillo de naipes y delante de nuestros ojos. Se está generando un cambio hacia un nuevo reparto de poder e influencia acorde con los tiempos actuales. La segunda es que la hegemonía de Occidente ha llegado a su fin y que el centro de gravedad ya no está ni en Gibraltar ni en el Canal de Suez, sino en el estrecho de Malaca, es decir, la región Asia-Pacífico. Europa quedará relegada a una extremidad de la gran masa continental euroasiática, alejada de las rutas comerciales y desaparecerá como actor relevante en la geopolítica mundial. Y el tercero es que se está pasando de un mundo multilateral a otro multipolar, lo que generará incertidumbre e inestabilidad. Aquí se hace un comentario sobre la fuerza de los nacionalismos y los populismos, y se menciona el enfrentamiento creciente por el dominio de la inteligencia artificial y la tecnología digital más puntera.

De todas formas, me atrevo a añadir que ni el Covid-19 ha sido tan determinante como cabría esperar, desde la perspectiva de la realidad geopolítica, y que la globalización exigirá reglas, porque es un proceso inevitable que necesita de equilibrios para que las partes que lo integran salgan beneficiadas, que es lo que ocurre con todo sistema de poder.

El autor deja claro que vivimos mejor que nunca, pero no parecemos valorarlo: “Estamos inquietos, tenemos miedo ante un futuro lleno de incertidumbres y el desasosiego cunde en derredor, particularmente entre las clases medias cuyo nivel de vida se ve amenazado desde diversos frentes mientras caen una tras otra las columnas que sustentaban un mundo que se creía inmutable. O que pensábamos que si un día cambiaba solo podía hacerlo a mejor. Y no es verdad”.

La conclusión es que objetivamente estamos mejor que nunca, pero vivimos con miedo, nos preocupa el futuro. La culpa la tiene la confluencia en nuestras vidas de las cuatro revoluciones que cita: la tecnológica, la demográfica, la genética y la de la información. El reto es gestionar la crisis mientras se construye el futuro y manejar el poder con inteligencia, pero sin renunciar a nuestros valores.

Jorge Dezcallar es diplomático de carrera. Fue director general durante doce años en el Ministerio de Asuntos Exteriores. También ha sido embajador en Marruecos, la Santa Sede y los Estados Unidos de América. En 2001 fue nombrado el primer director civil del Centro Nacional de Inteligencia (CNI), con rango de secretario de Estado. Ha publicado *Valió la pena. Una vida entre diplomáticos y espías* (2015), *El anticuario de Teherán* (2018) y *Espía accidental* (2021), que fue su primera novela.

---

**Gabriel Cortina** forma parte del equipo de analistas del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional (Universidad Francisco de Vitoria).